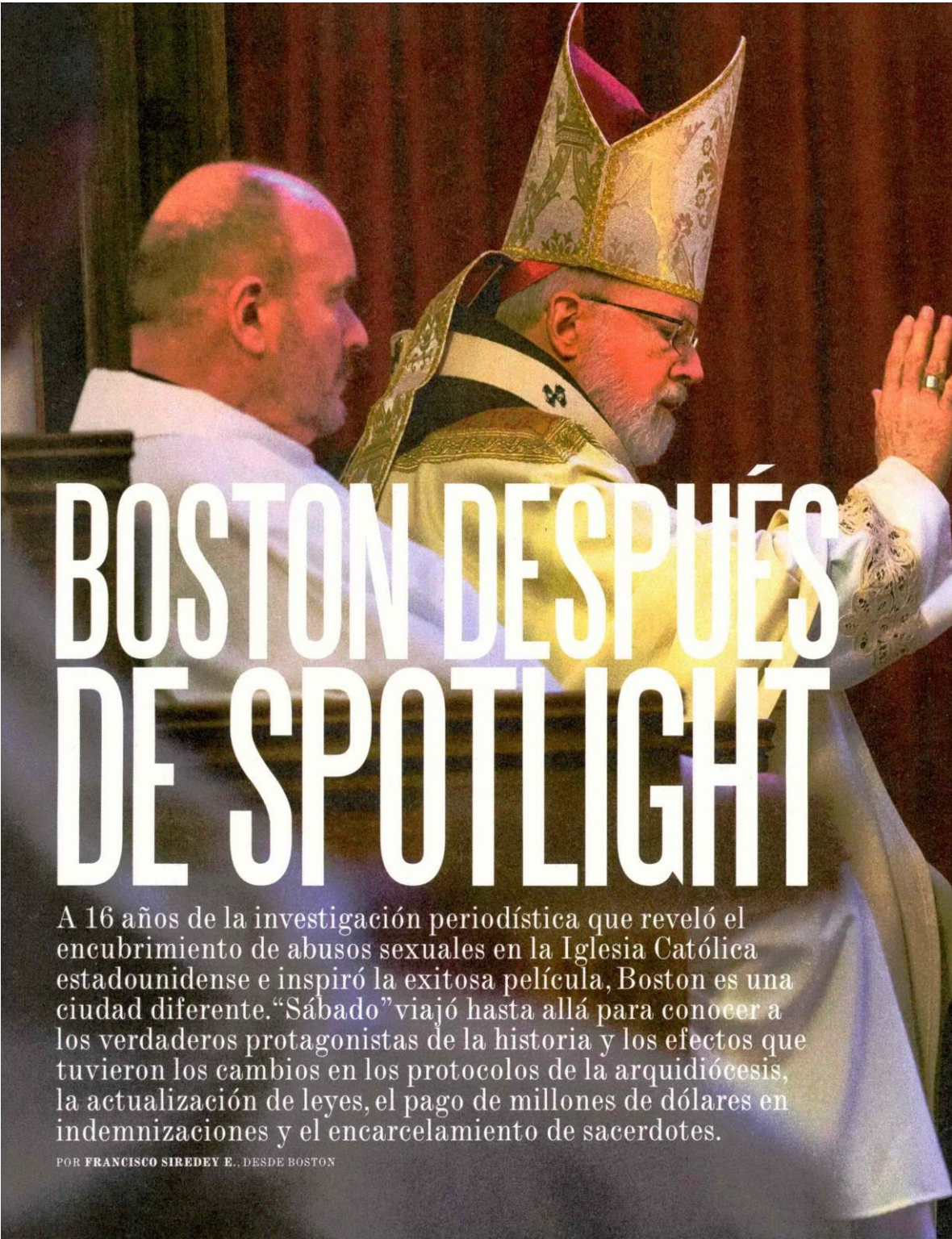


Medio	El Mercurio
Fecha	16-06-2018
Mención	BOSTON DESPUÉS DE SPOTLIGHT. Mención a Premio Periodismo de Excelencia de la U. Alberto Hurtado.



BOSTON DESPUÉS DE SPOTLIGHT

A 16 años de la investigación periodística que reveló el encubrimiento de abusos sexuales en la Iglesia Católica estadounidense e inspiró la exitosa película, Boston es una ciudad diferente. “Sábado” viajó hasta allá para conocer a los verdaderos protagonistas de la historia y los efectos que tuvieron los cambios en los protocolos de la arquidiócesis, la actualización de leyes, el pago de millones de dólares en indemnizaciones y el encarcelamiento de sacerdotes.

POR FRANCISCO SIREDEY E., DESDE BOSTON



El cardenal Sean O'Malley (en la foto) es conocido como "el hombre de la limpieza". Aunque su nombre aún es percibido como uno de reconciliación, hasta ahora algunos le enrostran no haber publicado la lista completa de sacerdotes acusados en 2011.

Michael Rezendes

está escribiendo un guion. Sobre la mesa de centro del living, en su departamento de Winthrop, tiene una pila de DVD con películas que está revisando como referencias. Curiosamente, *Spotlight* (distribuida en Latinoamérica como *En primera plana*) no está entre ellas. La conoce demasiado bien no solo porque es uno de los protagonistas de la historia real que inspiró la trama, sino también porque la ha visto al menos ocho veces, una cantidad suficiente como para desentrañar todos sus mecanismos narrativos. Lo que pretende contar ahora, asegura, no tiene nada que ver con ella, ni con el trabajo periodístico que realizó hace 16 años dentro del equipo de investigación de *The Boston Globe*, es sobre otro caso judicial que cubrió como reportero, un oficio que le valió un Pulitzer, pero que ahora podría dejar atrás para perseguir una carrera en Hollywood.

Aunque las parroquias más cercanas a su casa aún se llenan gracias a la constante inmigración latina, Rezendes cree que las cosas cambiaron en Boston, que la Iglesia Católica ya no manda la ciudad como antes. *Spotlight*, ganadora del Oscar en 2016, entrega una posible explicación a este nuevo orden. En la cinta, un alter ego de Rezendes interpretado por Mark Ruffalo investiga para el *Globe* los abusos cometidos por sacerdotes en contra de niños entre las décadas de los 60 y 90. Luego de una serie de andanzas, el equipo de Rezendes, integrado por Matt Carroll (Brian d'Arcy James), Sacha Pfeiffer (Rachel McAdams) y su editor, Walter Robbie Robinson (Michael Keaton), consigue probar que la iglesia local ha protegido por años a curas pedófilos, trasladándolos de pueblo en pueblo por todo el estado de Massachusetts sin reparar en los riesgos para los niños. La película termina con la publicación del reportaje, el primero de más de 600 realizados por el *Globe*, el domingo 6 de enero de 2002, por lo que no alcanza a mostrar el escándalo que se desata en la ciudad y que terminaría con

la renuncia del arzobispo de Boston, el cardenal Bernard Law.

"En 2002, Boston era una ciudad sumisa a la Iglesia, pero esa sumisión se acabó [...]. Antes, la Iglesia era la institución más poderosa de la ciudad; ya no es el caso", dice Rezendes, que siguió publicando artículos del tema todo ese año y hasta hace poco, cuando pidió al *Globe* un permiso sin goce de sueldo para sus nuevos proyectos.

Como experto en la cobertura de abusos sexuales infantiles cometidos por el clero, Rezendes ha estado atento a los sucesos de Chile. Conoció algo más de las circunstancias del caso Karadima cuando visitó el país hace un par de años, invitado por los organizadores del Premio Periodismo de Excelencia de la Universidad Alberto Hurtado. De ese viaje recuerda que fue increpado por un cura bostoniano durante la charla, por haber manchado la reputación del sacerdocio en general con sus artículos. También ha seguido de cerca las noticias acerca de la renuncia de los 34 obispos de la Conferencia Episcopal y la respuesta del Vaticano, que esta semana confirmó la salida de tres prelados; entre ellos, Juan Barros, del Arzobispado de Osorno.

"Chile es una prueba para el Papa Francisco. Si no hace lo correcto será una señal de ineptitud del Vaticano o de no querer lidiar con el asunto. El tiempo para disculpas y plegarias se acabó. Con esta situación de Chile, el tiempo de actuar es ahora", opina.

Rezendes se mantiene crítico de la jerarquía del Vaticano y en particular del cardenal Sean O'Malley, el arzobispo de Boston que asumió en plena crisis, a quien califica como "el hombre de la limpieza". Le enrostra no haber publicado la lista completa de curas acusados en 2011, cuando se omitieron los nombres pertenecientes a órdenes religiosas o formados en otras arquidiócesis de Estados Unidos, además de su eterna negativa a darle una entrevista. "Creo que me tiene miedo", dice.

A pesar de todo, todavía se identifica como católico, como buena par-

te de su familia. Muchos de ellos aún van a misa. Poco después del estreno de *Spotlight*, un primo lo felicitó por su trabajo, pero también le confesó que estaba contento de que sus padres no vivieron para ver la película.



Diez años antes de que el *Boston Globe* revelara el encubrimiento de abusos sexuales en la Iglesia Católica, Phil Saviano empezó a trabajar para ese momento. En su casa de Roslindale, al sur de Boston, sostiene una taza de café y recuerda ese proceso. El lugar está lleno de cajas con artesanías mexicanas de la zona de Oaxaca, que Saviano vende a través de internet. A fines de 1991, él pensaba que podía morir en cualquier momento de una neumonía resistente facilitada por el sida. También reconoce que varias veces pensó en el suicidio. Todas esas dificultades lo devuelven a 1962, cuando tenía 11 años y fue abusado por el padre David Holley.

Saviano repartía el diario en Worcester cuando Holley llegó como párroco. Tanto a él como a un amigo les ofreció dinero a cambios de ciertas tareas en la iglesia. Saviano se sentía más que honrado; se sentía especial. El cura les mostraba trucos de cartas para impresionarlos. Un día sacó un mazo diferente, con imágenes pornográficas. “Fue su primera prueba. Quería ver cómo reaccionaríamos. Nos dijo que sería nuestro secreto”, cuenta. Cierta día, al momento de pagarles sus labores en la iglesia, Holley les dijo que ellos mismos sacaran las monedas de su bolsillo. Entonces se descubrió los genitales y comenzó a masturbarse enfrente de ellos. A partir de ese día, los forzó a practicarle sexo oral en distintos lugares de la parroquia, incluso cuando había gente rezando en su interior. Saviano dice que no tuvo la fuerza para oponerse. “Me daba asco, pero no sabía cómo salir de esa situación. Solo lo hablaba con mi amigo, porque no sabíamos qué hacer. Decidi no contarle a nadie más. Lo que me salvó fue que Holley se fue después de un año”, cuenta.

A Saviano le fue aparentemente bien en la vida tras eso. Se tituló de periodista en la Universidad de

Boston y trabajó como relacionador público de hospitales y de eventos culturales. Fue así como escuchó hablar por primera vez de *Spotlight*, el equipo investigador del *Boston Globe*, cuando este publicó un artículo sobre Ticketmaster. Pero a pesar del éxito laboral, la sensación de injusticia no lo abandonaba. Por eso hizo pública su historia a fines de 1991 y puso una demanda contra la arquidiócesis de Boston por los abusos de Holley, que estaba acusado criminalmente por casos más recientes en Nuevo México y Texas. En 1996, aceptó un acuerdo reparatorio con la Iglesia de Boston, pero sin la cláusula de confidencialidad que se imponía habitualmente a las víctimas. “Seguramente me lo dieron porque pensaban que me iba a morir, pero justo aparecieron los inhibidores de la proteasa para tratar el sida y me comencé a sentir bien”, señala. Así Saviano pudo fundar la sede de la Red de Sobrevivientes de Abusos Sexuales por Sacerdotes (SNAP) en Boston, seguir investigando y hablando con la prensa para denunciar los encubrimientos. Pero no fue hasta que *Spotlight* tomó la historia en 2001

que el impacto público fue real.

Entre los sobrevivientes chilenos, Saviano conoce bien a Juan Carlos Cruz, que vive en Estados Unidos. De hecho, poco después del estreno de la película, en 2016, grabó un video de apoyo a las víctimas nacionales y a los laicos de Osorno que pedían la salida del obispo Barros. En ese mensaje, decía que la lucha de Chile era la continuación de lo que habían hecho en Boston. “Las palabras despectivas del Papa Francisco en su visita a Chile no pasaron inadvertidas acá y lo que pasó ahora, primero con la invitación a Juan Carlos (Cruz), James (Hamilton) y José Andrés (Murillo), y más tarde con la renuncia de los obispos, no tiene precedentes. Quizá el Papa finalmente entienda lo que tiene que cambiar”, dice.

Hacia el final de la conversación, cuando ya atardece en Boston, Saviano reconoce que muchas veces se siente solo y reflexiona en lo que le pasó cuando niño, cómo la Iglesia pudo haberlo evitado. La investigación contra Holley determinó que las autoridades eclesásticas tenían pruebas de su mal comportamiento antes de que llegara a Worcester. Ese juicio criminal en Nuevo

México lo condenó a 275 años de cárcel. Fue allí donde murió en 2008.

Antes de despedirse, Saviano muestra con orgullo algunos de los objetos artesanales de México que vende en línea. Entre las calaveras y figuras de animales, aparecen las cruces y el Sagrado Corazón de Jesús.



“¿Hablaste con Terry McKiernan?”, es una frase que se repite entre periodistas y víctimas en Boston. McKiernan no fue abusado en su infancia ni hizo carrera como reportero o investigador; solo es un hombre católico de pelo cano y bigote grueso que desde el artículo del *Boston Globe* en 2002 se sintió traicionado por las autoridades de su Iglesia e inclinado a hacer algo. Ese “algo” terminó siendo el sitio web, Bishop Accountability (que podría ser traducido como “Rendición de cuentas para obispos”), creado con su amiga Anne Barrett-Doyle. Se trata de un archivo que lleva el registro de los sacerdotes involucrados en casos de abusos sexuales cometidos en Estados Unidos, y en otras partes del mundo.

De hecho, durante la reciente visita de Francisco a Chile, Barrett-Doyle viajó hasta el país para presentar una lista de 80 curas acusados en alguna instancia judicial, sea civil, criminal o canónica, de abusos sexuales contra menores. Tanto ella como McKiernan creen que 80 es un número bajo, tomando en cuenta las estimaciones de Richard Sipe y que, en Boston, la Iglesia reconoció oficialmente 249 curas acusados, 10,7% del total de sacerdotes (2.324). En Chile, el número de curas en actividad es similar al de Boston, alrededor de 2.200, según los últimos datos de la Conferencia Episcopal.

Respecto a las víctimas, su archivo cuenta 1.476 personas solo en Boston; y casi 20 mil en Estados Unidos.

McKiernan todavía es un católico practicante y todos los domingos va a misa a la parroquia Saint Anne's, de Readville, un suburbio al sur de Boston. Se arrodilla para orar, comulga y se queda un rato después de la ceremonia para reflexionar. Frente a la pregunta de cómo concilia los abusos con sus creencias, responde: “La fe no tiene por qué ser fácil. Esto pasó porque las

instituciones humanas son falibles; yo me quedo con lo eterno. Me parece que es importante tomar en serio lo simbólico que es este tipo de abuso, si no pierdes de vista el poder que tiene. Es el poder de ese hombre torturado arriba del altar, no es lo mismo que ser abusado por tu entrenador”.

Tras la misa, McKiernan conduce hasta la catedral de la Santa Cruz, donde todas las protestas de los laicos de Boston empezaron en 2002. Adentro, unas 30 personas escuchan la prédica de uno de los sacerdotes residentes, pues el arzobispo O'Malley está en Roma para el Consejo de Cardenales. Al conversar con los parroquianos, se capta que el tema de los abusos es visto como algo anterior y que la figura de O'Malley es percibida como una de reconciliación.

“La Iglesia se ha rearmado para el católico promedio. O'Malley ha sido exitoso en aplacar la crisis, limitar la información pública y devolverle cierto equilibrio a la Iglesia”, opina Barrett-Doyle.

Desde que O'Malley asumió el liderazgo de la Iglesia en Boston, ha habido ajustes importantes. Se instauró un protocolo estricto para los sacerdotes en sus contactos con menores y se financiaron programas de educación para niños, de acuerdo con los nuevos estatutos dictados por la Conferencia Episcopal

en 2002. También se pagaron más de 215 millones de dólares en indemnizaciones, para lo cual se cerraron parroquias y vendieron propiedades, como la antigua residencia del cardenal Law. Asimismo, se empezó a informar a las autoridades de cualquier supuesto abuso, algo que antes quedaba a discreción individual, dependiendo de si se invocaba el secreto de confesión. En este punto, ni McKiernan ni Barrett-Doyle le dan demasiado crédito a la Iglesia, pues en 2003 se reformó una ley estatal que obliga a los clérigos a denunciar abusos sexuales incluso retroactivamente.

El problema con las acciones legales, sean civiles o criminales, radica en la prescripción. Después de 2002, Massachusetts ha reformado ambos plazos en un par de oportunidades. En 2006, por ejemplo, se reformó la ley estatal para impedir la prescripción de delitos sexuales contra menores de edad por un plazo de hasta 27 años después de cumplidos los 16, la edad mínima fijada en Massachusetts para relaciones sexuales consensuadas. En Chile, una indicación del gobierno fue presentada en mayo para extender hasta 30 años la imprescriptibilidad del delito de abuso sexual contra menores.

Pero el principal foco de críticas de parte de las víctimas, sus abogados y los activistas contra O'Malley sigue

siendo la lista mencionada por Rezendes, revelada en agosto de 2011, con 249 curas acusados. Según Bishop Accountability, no había ningún nombre nuevo en ella y se dejaron afuera 91 sacerdotes diocesanos y 70 hermanos de órdenes religiosas.

“El cardenal O'Malley ha manejado la crisis miserablemente. Ha ocultado documentos, entregó una lista incompleta, una media verdad [...]. Han pasado 16 años y recién ahora el Papa parece estar haciendo algo”, dice Mitchell Garabedian, abogado de más de mil víctimas y retratado en *Spotlight* por Stanley Tucci.

Consultado por “Sábado”, el vocero del Arzobispado de Boston, Terrence Donilon, declinó hacer comentarios, pero remitió a antiguos comunicados de O'Malley, en los cuales explica que como él no puede decidir el destino de esos curas, ya que dependen de congregaciones o de otras arquidiócesis, no es su responsabilidad denunciarlos.

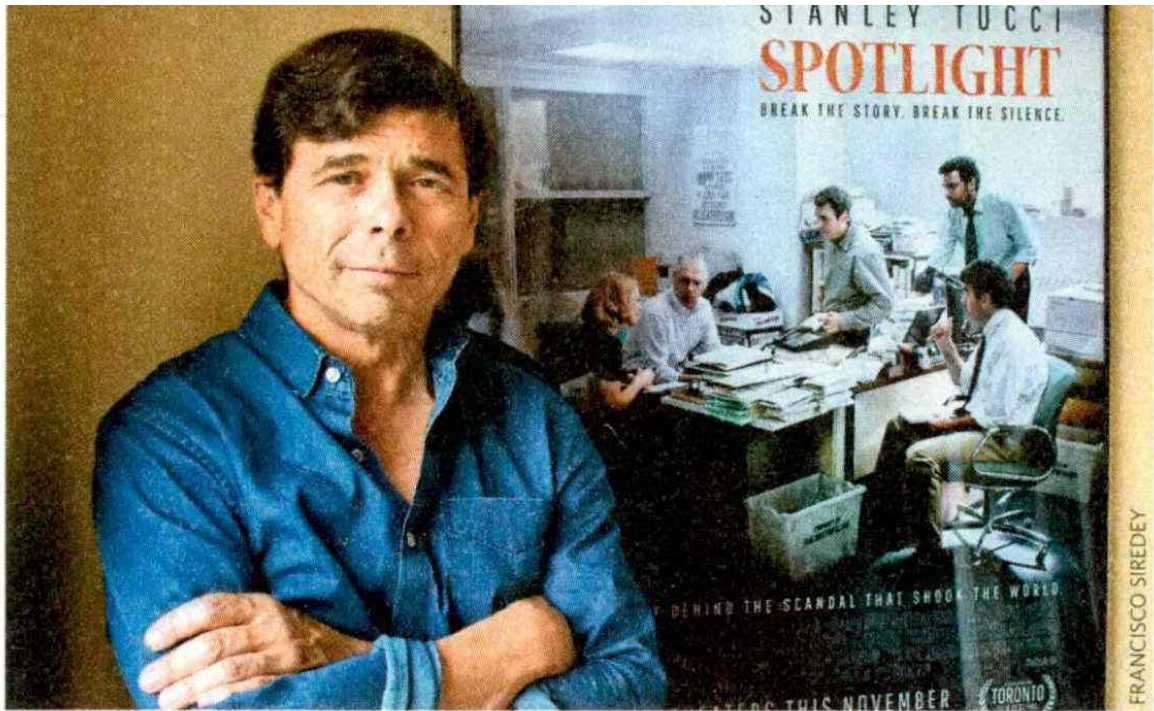


El sacerdote de la iglesia a la que asiste McKiernan todos los domingos se llama Ron Coyne. Dice que le gustan sus sermones porque nunca ha negado el gran problema. El 4 de febrero pasado, en las jornadas de Oración y Penitencia encargadas por el cardenal

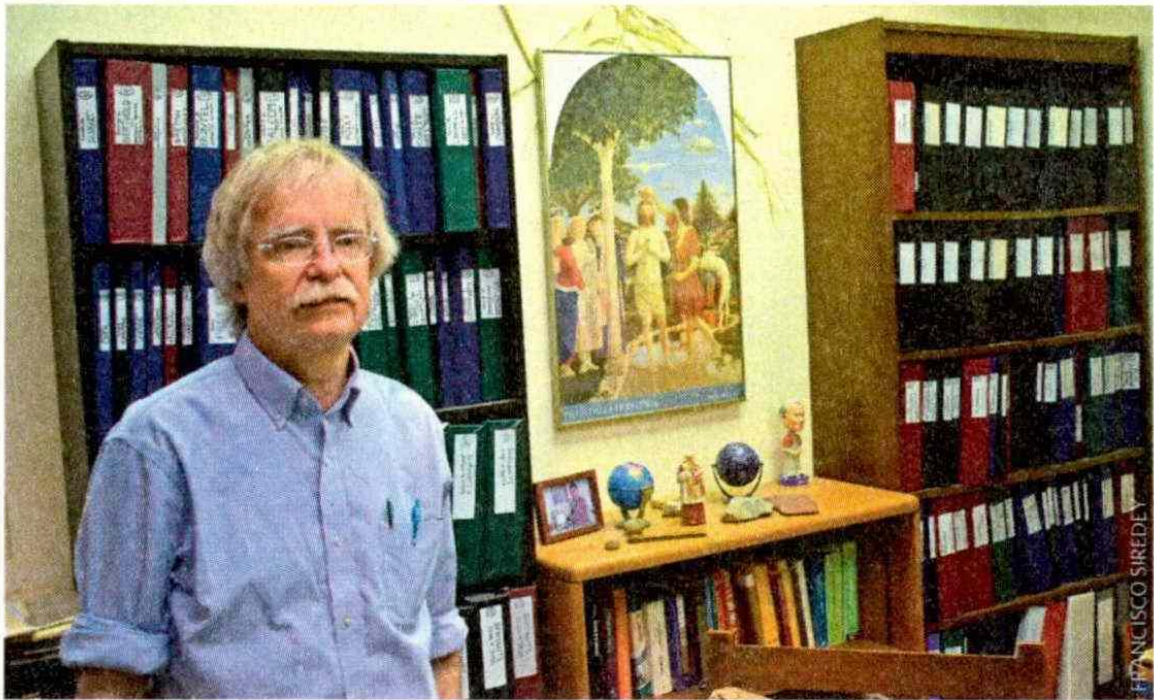
O'Malley, dio una prédica que McKiernan guardó en su archivo. Entonces habló de cómo la muerte de Law y las palabras del Papa en Chile revivían el dolor entre las víctimas.

Cuando la crisis empezó, Coyne fue uno de los sacerdotes que firmó una carta para pedir la renuncia del cardenal Law. Al poco tiempo, Saint Albans, su parroquia de entonces, fue cerrada. Solo fue reasignado varios meses después, ya con O'Malley a la cabeza. Coyne ha perdido varios fieles desde entonces. Dice que pocas parejas bautizan a los niños y que escasean las vocaciones, aunque en realidad ese fenómeno sea anterior a la crisis (desde 1997 que no se ordenan más de nueve sacerdotes en la ciudad). “Es como estar en rehabilitación, es algo de todos los días”, señala el sacerdote.

Coyne entiende el “divorcio” de muchos fieles con la iglesia. Asegura que no trata de convencerlos de quedarse, que respeta la decisión y que él mismo no sabría que hacer si estuviera en sus zapatos. Sin embargo, sabe que ser católico en Estados Unidos también es una cuestión más profunda, con implicancias étnicas e identitarias, algo que no se abandona de un día para otro: “Si yo dejara la Iglesia, no dejaría de ser católico”, dice. “Muchos católicos son solo católicos; no van a querer ser nada más”. S



FRANCISCO SIREDEY



FRANCISCO SIREDEY

“En 2002, Boston era una ciudad sumisa a la Iglesia, pero esa sumisión se acabó”, dice el periodista Michael Rezendes, quien en 2002 destapó el caso y fue interpretado por Mark Ruffalo en *Spotlight*. Abajo, Terry McKiernan, responsable de Bishop Accountability: un registro con los sacerdotes involucrados en casos de abusos sexuales en Estados Unidos.